

Andrea Camilleri

LA INTERMITENCIA

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



Título original: *L'intermittenza*

Ilustración de la cubierta: © Christie's Images - Artothek

Copyright © Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, 2010
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-902-9
Depósito legal: B-25.016-2018

1ª edición, noviembre de 2018
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Al trabajo que dignifica al hombre

Personajes principales

EL VIEJO MANUELLI, presidente de la empresa que lleva su apellido.

BEPPU MANUELLI, su hijo, subdirector general.

GIULIANA, secretaria de Beppo.

MAURO DE BLASI, director general de Manuelli.

MARISA DE BLASI, su mujer.

ANNA MENGOZZI, secretaria de Mauro.

STELLA, asistenta de los De Blasi.

MARCO, *just a gigolo*.

GUIDO MARSILI, subdirector general a cargo del personal.

BASTIANELLI, responsable de seguridad de Manuelli.

MANNUCCI, responsable de seguridad de la planta de Manuelli en Nola.

BIROLI, presidente de Artenia.

LICIA BIROLI, su nieta.

LUIGI RAVAZZI, *el Agujero Negro*, heredero de un gran grupo industrial y jefe de Licia Birolli.

EL DIPUTADO PENNACCHI, subsecretario de Desarrollo Económico.

AURELIA PENNACCHI, *la Tijera*, su mujer.

GIANCARLO FORMIGGI, subjefe de policía y ex novio de Marisa.

GUIDOTTI, LACHIESA y ROTONDI, médicos de Mauro.

1

«Fue entonces cuando tuvo la desgarradora certeza de la proximidad de su muerte.»

Estaba aplicándose la espuma de afeitarse y primero se sobresaltó, pero luego se quedó paralizado con las yemas de los dedos embadurnadas sobre la mejilla derecha.

En el espejo aparecía en la misma pose de la foto publicada en la portada del último número de *Comunicazione e Impresa*, revista dedicada a los ejecutivos más importantes de Italia, en cuyo interior también había una larga entrevista que le habían hecho.

Unos segundos antes estaba absorto reviviendo mentalmente la cena de la noche anterior, a la que el viejo Birolli había acudido acompañado de una nieta veinteañera que quitaba el hipo, y de repente habían aparecido esas palabras. O, mejor dicho, las había leído. Pero... ¿dónde? ¿En el espejo?

Sí, pero no exactamente en el espejo, sino en lugar del espejo. Y es que, durante un instante tan corto que no le había dado tiempo ni a pestañear, debía de haberse ido la luz y, en la oscuridad, el recuadro invisible del espejo se había transformado de pronto en una especie

de pantalla de cine minúscula en la que había aparecido la frase en nítidas letras blancas. Y escrita en cursiva, como si se tratara del último rótulo de una película muda.

Sin embargo, no la había leído, alguien la había pronunciado en voz alta.

Pero no, no estaba en el cine, estaba en su baño.

Por lo tanto, sólo podía haber sido él: había hablado solo.

Era la primera vez que le pasaba. O quizá le había pasado más veces, pero nunca se había fijado.

¿Cosas de la edad? ¿Con apenas cuarenta y dos años? Menuda tontería.

Fuera como fuese, no podía permitirse el lujo de decir cosas sobre las que no tenía el más mínimo control. ¡Y si le ocurría durante una reunión del consejo de administración o mientras estaba metido en una negociación delicada!

Decidió ir a contárselo a Guidotti en cuanto tuviera ocasión.

Empezó a afeitarse, aunque se sentía ligeramente incómodo.

«Fue entonces cuando tuvo la desgarradora certeza de la proximidad de su muerte.»

Lo que más le molestaba era la poca espontaneidad de la frase.

Demasiado elegante, demasiado bien construida. Él ni hablaba ni escribía así. Era una frase de escritor y él jamás se había entregado a la fantasía de la escritura, ni siquiera de adolescente, cuando los primeros amores te empujan a plasmar palabras en un papel. En realidad, era como si la hubieran proyectado desde fuera; no era posible que la hubiera concebido en su interior, él solo.

Además, ¿quién era el sujeto?

¿O el objeto?

¿A quién pertenecía, en resumen, esa muerte?

Desde luego, a él no.

A no ser que se hubiera puesto a hablar de sí mismo en tercera persona, como hacía el viejo Manuelli. «Manuelli no sabía ni qué era una fábrica cuando entró a trabajar a los dieciséis años como aprendiz de soldador.» Hablaba de sí mismo como si leyera su biografía. Y todo el mundo se reía de él a sus espaldas.

Salió desnudo del baño y se metió en el vestidor. Se puso el reloj en la muñeca y miró la esfera. Aún tenía tiempo, faltaba una hora para que llegara el coche. Dio un paso hacia el cajón de la ropa interior, pero entonces cambió de idea. Se dio la vuelta y entró en el dormitorio.

Marisa estaba dormida. Como de costumbre, no abriría los ojos antes de las diez. Le gustaba el calor, así que tenían la calefacción puesta al máximo incluso por la noche, pero en aquel momento quizá la temperatura fuera excesiva hasta para ella: estaba boca abajo, desnuda, con la sábana arrebujada a un lado; tenía los muslos ligeramente separados y una de sus largas piernas, la izquierda, sobresalía por el borde de la cama.

Lo asaltó un arrebató de deseo tan imprevisto como violento. La noche anterior no lo habían hecho, aunque él había tenido ganas: la velada se había alargado hasta las dos y, nada más meterse en la cama, Marisa había murmurado que estaba muy cansada, algo que sucedía en muy pocas ocasiones.

En los cinco años que llevaban casados, raras veces lo había rechazado e, incluso, con frecuencia era ella

quien tomaba la iniciativa. La miró: tenía un cuerpo magnífico, de veinteañera, que lucía con la plena conciencia de sí misma que tiene una treintañera.

¿Qué hacer? ¿Despertarla?

La conocía bien, no habría sacado nada en limpio, apenas un seco y rotundo «vete, déjame dormir».

Marisa se encerraba en el sueño como un polluelo dentro del huevo y ay de quien rompiera la cáscara antes de tiempo.

Sin embargo, cuanto más la miraba, más fuerte y apremiante se volvía el deseo. Si no se libraba de él se lo llevaría encima al trabajo y sin duda alguna lo ofuscaría, lo haría estar menos alerta y menos rápido.

Y sabía que aquella mañana no podía despistarse ni un segundo.

Se acercó, se encaramó a la cama de forma que su peso no desequilibrara el colchón y luego, apoyándose en la palma de la mano izquierda, alzó la pierna hasta posar al otro lado del cuerpo de Marisa la rodilla derecha, a la que siguió la mano de ese mismo lado.

Una pirueta digna de un atleta, se felicitó. Había quedado suspendido encima de ella.

Descendió lentamente para salvar los pocos centímetros que aún impedían que su sexo rozara el pliegue de finísima seda que tenía debajo. Le bastó con poco.

Marisa se ha despertado nada más notar que Mauro se subía a la cama, pero se ha hecho la dormida. Ha tenido que morderse la lengua para cortar el paso a la serpiente del asco que se ha deslizado desde su vientre hasta su garganta en cuanto ha sentido el sexo de su marido entre las nalgas.

Ni siquiera se ha movido cuando, al cabo de una eternidad, él ha terminado y ha vuelto a meterse en el baño.

Pone mucha atención para descifrar los ruidos procedentes del vestidor. Bueno, ahora ha bajado a la cocina a desayunar. Se levanta con cautela, corre descalza hasta el baño para limpiarse la inmundicia que se le ha quedado pegada a la piel y luego vuelve a acostarse.

Pero ¿cómo es posible que no lo vea? ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de que todo ha cambiado, de que ya no soporta que la toque?

Hace un mes que...

Antes era una oruga, pero ahora alguien la ha convertido en mariposa. Y es que desde hace unos días ya no sólo se siente capaz de andar, sino también de volar. Como por un milagro, todo sucedió en cuestión de tres horas una tarde que, en principio, iba a ser como cualquier otra.

Es consciente de que ya no podrá volver a dormirse.

Al cabo de un rato vuelve a levantarse, se asoma al pasillo y se acerca a la escalera que lleva a la planta baja. Escucha. Mauro ya debe de haberse ido. Vuelve al dormitorio, coge el bolso, saca el móvil, lo enciende y llama a un número.

—¡Sorpresa! ¡Buenos días, amor mío!

—¡Buenos días! ¿Qué haces despierta a estas horas?

—A Mauro se le ha caído algo y me ha...

—¿Cómo fue lo de anoche?

—¡Un tostón!

—¿Y qué haces ahora?

—Estoy en la cama, desnuda. ¡Me gustaría tanto estar contigo! Oye... no te enfades, por favor, pero ¿me recitas uno?

—¿Ahora?!

—Sí, sí.

—Amor mío, es que ahora no es un buen momento: estoy de camino al despacho, no llevo el manos libres y hay un tráfico horroroso.

—Venga, hazme ese favor, uno muy muy cortito.

—Bueno.

Marisa se pone la mano entre las piernas.

—«Redondo hasta el punto de darme tormento, / un muslo separas del otro. / ¡Dilatas tu furia una agria noche!»

—¡Sigue, sigue!

—¿Eh? ¡No, mujer! ¡Ya está bien! ¡Eso es todo!

—¿De quién era?

—De Ungaretti.

—No he entendido mucho, pero me ha gustado. ¿Llegarás esta tarde a las cinco?

—Creo que sí.

—Es que no puedo más. Hace una semana que...

—Yo tampoco. Perdona, amor mío, pero estoy conduciendo y...

—El desayuno está servido, *dottore*.

Él ni siquiera le contesta y sigue haciéndose el nudo de la corbata. Anka, la asistenta, se marcha.

¡Cómo insistió su padre para que la contratara! Probablemente se la había beneficiado de todas las formas habidas y por haber durante unos meses y luego, cuando se cansó de ella, como suele pasarle, se la encasquetó a él.

Anka es una rumana entre los treinta y los cuarenta años; guapa, ni que decir tiene, con un culo y unas tetas

increíbles, que habla un italiano perfecto y que en su país consiguió el título de aparejadora.

Su tarea principal es espiar, contarle a su padre cómo se porta, si bebe demasiado, si de vez en cuando se mete una raya... Eso lo entendió enseguida. Por otro lado, también su secretaria, Giuliana, es una simpática herencia de su padre. Claro que al menos con Giuliana...

¡Mierda! ¡Cuánto pelo se le está cayendo últimamente!

Y además tendría que ponerse un poco a régimen... Ya ha llegado al último agujero del cinturón. Baja al comedor.

Después de los tres años que pasó en Estados Unidos, adonde su padre lo mandó a perfeccionarse, Beppo ha adoptado la costumbre de desayunar a la americana.

Se sienta de forma que da la espalda al retrato de tamaño natural de su padre, que el viejo se empeñó en que colgara en el comedor con el único objetivo de recordarle constantemente quién paga desayuno, comida y cena.

Desmonta con parsimonia todo el castillo de bandejas, platitos, cuenquitos, vasos, jarritas, tacitas y teteras preparado con detenimiento por Anka.

—Su secretaria al teléfono. Quiere saber si hoy tiene que pasar a recogerlo —anuncia con una sonrisilla en los labios, la muy puta.

—Sí, muy bien, que venga.

Lleva seis meses sin carnet. Se lo quitaron por embestir a un viejo agilipollado que iba en bici y que salió volando por los aires. Y ni siquiera fue capaz de morirse, el muy imbécil. Un mesecito en el hospital y listo. Él ya creía que se había ido de rositas, pero tenía que pasar por allí el típico mamón que en lugar de tocarse los cojones

prefiere ir a tocárselos a los demás. El tío consiguió apuntar la matrícula de su Mercedes y dársela a los carabinieri. De no haber sido por su padre, la cosa podría haber acabado peor. Por eso Giuliana se ofrece a ir a buscarlo. Aunque antes llama por teléfono, porque a veces él pide un taxi o un coche de la empresa.

Mira la hora, se levanta, le dice a Anka:

—Cuando llegue Giuliana, hágala pasar a mi estudio.

Acaba de sentarse detrás del escritorio cuando suena el teléfono. Es la línea directa con su padre.

—Hola, papá.

—Hola, Beppo. Oye, hoy no voy a trabajar, que he pasado muy mala noche.

A los setenta y cinco años, pasar la noche con una menor debe de resultar agotador. Hace poco que el viejo ha descubierto la carne fresca y le ha entrado hambre.

—Sólo quería decirte que esta mañana mejor que Mauro no te vea. Mantente alejado, ¿entendido?

—¿No quieres que vaya al despacho?

—No he dicho eso. No hagas como si no me entendieras. Lo que digo es que mejor que no te vea.

—Muy bien, papá.

—Adiós.

Pega un buen manotazo en la mesa. ¿Es o no es el subdirector general? ¿Cómo es posible que Mauro de Blasi pretenda y consiga que él no esté presente cuando hay que tomar decisiones importantes? ¡No es ningún niño, cojones! ¡Tiene cuarenta y cinco años y la cabeza encima de los hombros, joder! ¡En fin, muy pronto le dará una lección a ese hijo de la gran puta que se cree Dios en la Tierra desde que ha salido en la portada de una revista!

Si lo que tiene pensado llega a buen puerto, habrá una auténtica revolución en la empresa ¡y su padre tendrá que agradecerse!

Llaman discretamente a la puerta.

—*Dottore*, ha llegado la señorita Giuliana.

—Hágala pasar.

—Buenos días, *dottore*.

—Buenos días, Giuliana. Siéntese, tengo que hablar con usted.

Dos frasecitas declamadas de cara a la asistenta.

Giuliana entra y cierra la puerta tras ella. Va elegantísima, fresca y perfumada, con una actitud de mujer activa y ocupada. Se queda de pie al lado de la puerta y mira interrogativamente a Beppo, que le devuelve la mirada.

Entonces se da la vuelta, gira la llave en la cerradura sin hacer ruido, se aproxima a Beppo, que no se ha levantado de la butaca pero la ha girado, y se arrodilla entre sus piernas.

—No —dice él.

Giuliana, sin decir nada, se pone en pie, se sube la falda, echa el cuerpo hacia delante y apoya las manos en el escritorio. No lleva bragas, las ha dejado en el bolso. Ya se las pondrá cuando Beppo haya acabado.

—¿Ha llegado Marsili? —pregunta Mauro al pasar por delante de la mesa de su secretaria.

—Sí, señor director.

—Dígale que venga a verme.

Encima de su escritorio, un patio de armas, tiene dos ordenadores, cuatro teléfonos, un intercomunicador, un reproductor de MP3 diminuto, un fax, una pluma es-

tilográfica, un lápiz y la foto de Marisa en un marco de plata.

Ni un papel, ni un bloc de notas, nada. En todo el despacho no se ve un solo estante de libros, ni siquiera minúsculo.

Llaman. La puerta se abre un poco, asoma la cabeza de Marsili.

—¿Se puede?

Mientras Marsili entra y cierra la puerta, Mauro habla por el intercomunicador.

—¿Anna? Durante diez minutos no estoy para nadie. Y nada de llamadas.

Guido Marsili es uno de los dos subdirectores generales. Se ocupa, entre otras cosas, del personal. El segundo subdirector general es Beppo Manuelli, una nulidad absoluta, enchufado por su padre, que es el presidente del grupo.

Marsili, en cambio, es un hombre capaz, inteligente y preparado, de su misma edad. Cuando se le dice lo que tiene que hacer, lo hace raudo y veloz, como una apisonadora, sin pensárselo dos veces.

Mauro se ha enterado, por pura casualidad, de que a Marsili le gusta leer poesía. Al principio se sorprendió: no se lo esperaba de alguien como él, pero como la cosa no ha influido en su trabajo...

—¿Has avanzado? —pregunta Mauro.

—La oportunidad me ha caído del cielo, por así decirlo. Se ha puesto en contacto conmigo un tal Pistilli, un capataz napolitano que, como tal, no sabe tener la boca cerrada.

—¿Y qué quería?

—No, nada, sólo darme las gracias. Resulta que su hijo ha suspendido dos veces el examen de bachillerato

y el hombre acudió a mí por si conocía a alguien... En resumen, que lo saqué del brete.

—Muy bien, cuéntame.

—Había leído tu entrevista en *Comunicazione e Impresa* y se había entusiasmado, yo le he parado los pies.

—¿Cómo?

—Le he explicado que, en cierto modo, el periodista había tergiversado tus palabras y que estabas hecho una furia. Le he dejado claro que habían omitido toda una parte en la que explicabas que, debido a la crisis, había dificultades circunstanciales que quizá, y he repetido lo de «quizá», podrían obligarnos en breve al recorte de varios centenares de trabajadores y también al cierre de como mínimo una planta. Y, por supuesto, le he pedido por favor que no dijera nada a nadie.

—¿Ha picado?

—Con toda la ilusión del mundo.

—¿Y si mantiene la boca cerrada por gratitud?

—Venga, hombre... ¿Es que no conoces a esa gente del sur? Hablan por los codos. Si le hubiera hecho jurar que guardara silencio por la sangre de san Genaro, quizá... Hablará, no te preocupes.

—Oye, dentro de media hora viene Birolli. ¿Está todo preparado?

—Sí.

—Anoche vino a cenar a casa. ¿Sabes que va diciendo por ahí que es como un segundo padre para mí porque mi primer trabajo fue en su empresa...?

Marsili cree haber advertido un ligero cambio en la voz de Mauro. Quizá se ha emocionado un poco. Sabe que no llegó a conocer a su padre, muerto dos meses antes de que naciera. Seguramente es una herida que no

se ha cerrado, de modo que Marsili se apresura a hundir en ella el cuchillo:

—¿Te dolería perderlo a él también?

Mauro sonríe. Está claro que Marsili no entiende bien a los hombres, por algo él es el director general y Marsili sólo su subdirector. No le contesta.

—¿Por qué lo invitaste a cenar? —insiste el otro.

—Bueno, lo hago de vez en cuando. Además, ayer era mi cumpleaños.

—Felicidades.

—Gracias. En fin, sea como sea, Birolli me amargó la noche.

—¿Y eso?

—Tenía un aire de perro hambriento que suplica un hueso...

—Espero que no te dejaras conmovir.

El bueno de Marsili, gran lector de poetas, ha vuelto a caer. Cuesta poco pillarlo, es bueno saberlo.

—No hay peligro. O nos lo cede todo o no hay nada que hablar. ¡No somos hermanitas de la caridad! Cuando acaben las negociaciones, le propondremos una cifra determinada por su paquete de acciones. Podemos asumir sus pérdidas con una reducción de nuestros beneficios: si se quedan ahí, cien millones de pérdidas son un desperdicio, pero si los metemos en nuestro balance valen cuarenta en reducción de impuestos. Echa tú las cuentas... Así, él se libera de sus acreedores y nosotros ganamos mucho más de lo que vamos a pagar. El que paga, al final, siempre es el mismo. Tú sobre todo procura no dejarte impresionar. Conozco a Birolli, montará una escenita, dirá que si tiene que ceder la empresa se morirá de pena... Ah, me olvidaba: vamos a obviar lo de los despidos y la movilidad de los empleados. Le men-

cioné lo de la reunión con el subsecretario y las medidas para nuestro personal y se ha creído que con la plantilla de Artenia vamos a respetar el convenio colectivo.

Esta vez es Marsili quien sonrío sin decir nada.

—¡Queridísimo amigo! —exclama Mauro mientras se levanta radiante y va al encuentro de Birolli con los brazos abiertos.

Se abrazan. El anciano lleva una cartera bastante voluminosa. No tiene buena cara.

—¿Te encuentras bien?

—No he pegado ojo. Por culpa de tu cena.

Birolli estrecha la mano que le ofrece Marsili, que inclina un poco la cabeza para mostrar el debido respeto a uno de los padres del renacimiento industrial, por mucho que en estos momentos esté al borde de la quiebra. O, más bien, ya con un pie más allá del borde. Todo le iba estupendamente hasta que, hace tres años, su hijo Giacomo murió en un accidente automovilístico. Birolli volvió a coger las riendas de la empresa, pero ya no era el mismo. Cometió un error tras otro y la crisis fue el tiro de gracia.

—¿Has venido solo? —le pregunta Mauro.

—Me ha acompañado mi nieta.

Birolli ya no conduce, ve mal.

—¿Quieres tomar algo? —le propone.

—Nada, gracias.

—Vamos a sentarnos aquí —sugiere Mauro señalando una mesa con doce sillas situada en un rincón de su enorme despacho.

Birolli lo mira asombrado.

—Pero ¿no habías dicho que estaría Manuelli?

—El viejo ha llamado hace nada. Pide disculpas, anoche tuvo una ligera indisposición. Ha delegado por completo en mí. Por otro lado, esto no es más que una reunión informal, ¿no?

Birolli, resignado, se sienta.

Hace ademán de abrir la cartera que ha dejado en la mesa delante de él, pero Mauro lo detiene poniendo una mano encima de la suya.

—Deja, deja.

—Pero aquí llevo... Tenéis que saber lo que...

—Ya nos hemos informado. Sabemos todo lo que es preciso saber. —Le sonríe y continúa—: Hay que jugar en igualdad de condiciones. ¿Lo ves? Ni Marsili ni yo tenemos un solo papel delante. Primero se habla y se debate a cara descubierta, se llega a un acuerdo y luego se pasa a lo escrito. Todos tenemos mucha prisa y además somos caballeros. ¿O no?

La mirada de Birolli es de ensueño.

—¡Ah! ¡Qué tiempos aquellos, cuando negocios más importantes que éste se ratificaban con un simple apretón de manos!

Entre Marsili y él, con un perfecto juego en equipo, tardan menos de tres horas en cocerlo en su jugo y comérselo con patatas.

—Voy a informar al consejo de administración, os comunicaré lo que se decida en cuanto lo sepa —dice Birolli.

Aun así, Mauro es perfectamente consciente de que se trata de una mera formalidad: el consejo de Artenia, dada la situación, no tendrá más remedio que tragar y ratificar el acuerdo. Con la crisis actual, los bancos han

contestado negativamente a las peticiones desesperadas de Birolli. Puertas cerradas en todas partes. Y Artenia ha acabado en un callejón sin salida.

—Y nosotros nos encargaremos de que el pago por la adquisición de tu paquete de acciones sea inmediato —lo tranquiliza Mauro.

Birolli deja escapar un suspiro de alivio.

—¿Me haces un favor? ¿Puedes pedirle a tu secretaria que telefonee a mi nieta y le diga que ya he acabado?

—Cómo no. Dame el número.

Birolli se lo da y Mauro lo memoriza para aprovecharlo en beneficio propio.

—Anna —dice por el intercomunicador—, ¿podría llamar a la nieta del *dottor* Birolli y decirle que...?

—Pero ¡si ya está aquí!

Birolli se levanta. La reverencia que le dedica Marsili es más pronunciada esta vez: un homenaje a la bandera rival rasgada y derrotada.

—Te acompaño —dice Mauro con una sonrisa.